

ramas habrían de dilatarse desde París á Egipto, desde Egipto á Moscou, desde Moscou á Cádiz. Los pobres rurales, los modestos mercaderes, los vecinos de poblaciones inmóviles, los vasallos, sin más inteligencia que la del cura y sin más voluntad que la del Rey, pasaban á legisladores en un Congreso necesitado de redactar su reglamento, y ejercían un cargo, cuya importancia no habían apreciado, y cuya grandeza no habían medido. Así, para instruirse unos á otros, para esclarecerse todos mutuamente, para saber lo que debían decir y hasta lo que debían pensar, para tener consignas dispuestas y trabajos hechos en sus programas parlamentarios, estos bretones tomaron casa, no lejos del sitio de las sesiones, casa que pronto pareció como sucursal del Congreso. Allí se discutían los negocios antes de discutirlos en la sala pública y se redactaban las proposiciones antes de presentarlas á la deliberación parlamentaria y se convenían los debates y sus desarrollos probables y se daban y se recibían, para la común acción verdaderas consignas. Su reglamento, en pequeño, se iba calcando sobre los reglamentos de la Cámara, en grande, recortados como para menor número, pero seguidos con observancia fidelísima. En él se prepararon las resistencias que debían oponerse á los palaciegos conjurados contra la Cámara; en él se apercibieron desde los principios explicativos de la soberanía nacional, hasta el catálogo de los derechos humanos; á él se presentó un patricio tan digno de veneración como el duque de Anguillón, aportándole aquellas declaraciones contra la sociedad feudal, por cuya virtud se desplomaron los castillos, con sus horcas y sus calabozos, desde las eminencias á los valles, y se levantaron del terruño los siervos hechos hombres en una pascua de resurrección, cuyos esplendores fueron tantos y cuyos beneficios tales, que han logrado acallar el estruendo de las armas, el resuello de los incendios, el estremecimiento de los corazones desgarrados, el fragor de los oleajes henchidos por vapores de lágrimas y sangre, las matanzas predecesoras y consiguientes á una revolución, que debió renovar y renovó desde las raíces del principio de propiedad en los suelos hasta el derecho de pensar y de creer en las almas.

¿Quién podía imaginarse que, auxiliar del Parlamento, debía el club jacobino convertirse al cabo en dueño del Parlamento? Sus primeros gérmenes centrales y su primera importancia política estuvieron á la vista general desde las primeras sesiones de los Estados Generales. Pero su esbozo y su comienzo verdadero en Rouen. Allí algunos pensadores, congregados alrededor de una mujer extraordinaria, por su virtud y sabiduría, trazaban los borradores de las ideas progresivas que iban surgiendo en sus inteligencias, y que creían ellos realizar como las pensaban, sin curarse de las dificultades que había su realización de ofrecerles, como engendra el padre sus hijos sin pensar en las pesadumbres que habrán de darle. Estas reuniones predecesoras del jacobinismo en semilla, recordaban á Cornelio en el cabo Miseno, contemplando la cima violeta del Vesubio, en que los dioses internales callaban entonces, tan apagado como las guerras civiles de Roma, donde ha-

bían muerto su Cayo y su Tiberio, á Cornelia sin hijos y sin esposo, departiendo en la soledad y en la desolación del alma con los estoicos y con los académicos de Dios y de la inmortalidad; ó á Porcia excitando la cólera de Bruto para que derrocara del Capitolio la tiranía Cesarista, y sobre las losas del foro mudo, por amordazado, levántase de nuevo la tribuna y la República. Lo cierto es que dentro de aquella sociedad de Rouen, organizada con el objeto de convertir en Francia liberal la insufrible Francia monárquica, leíase al gran poeta de la voluntad, al que puso con los hierros candentes de sus estoicos versos, encendidos en el horno de nuestro espíritu español, un estigma indeleble sobre la frente de las tiranías antiguas; al que resucitó, evocándolos con la virtud creadora de su genio, el arquetipo de los republicanos, Catón, para que todos los mortales pudieran aprender en su vida cómo se combate, y en su muerte cómo se muere por la República y por la patria. Desde los clásicos certámenes de Rouen se fueron los asociados á las cercanías del Congreso de Versalles, y cuando el Congreso de Versalles se trasladó á París, obedeciendo á la voluntad popular, trasladaron ellos á la misma calle y á la misma línea de aceras donde se levantaba el salón en que se reunieron los diputados, el salón donde habían de reunirse los jacobinos. Mucho les costó encontrarlo, porque París no estaba entonces sobrado de locales á causa del número de reuniones que se verificaban en todos los sitios habitables y del exceso de población que le habían apartado en sus flujos y reflujos continuos las marejadas revolucionarias. Sin embargo; la inevitable adjudicación al Estado de los bienes eclesiásticos hacían que los conventos fueran muy adaptables á las reuniones políticas, como la crisis religiosa producida por los clérigos juramentados ó no juramentados que la gente de Iglesia se prestase al abandono del sacro lugar antiguo y á la invasión de cualquier grupo en boga. Si había podido verse días antes Nuestra Señora invadida de cómicos y hecha un teatro, ¿por qué no había de verse ahora el convento de los jacobinos trocado en club revolucionario, donde á los predicadores sucedían por los púlpitos, hechos tribunas, los retóricos populares consagrados á la nueva religión, á la religión del humano derecho? Lo cierto es que por doscientos francos de alquiler mensuales arrendaron los frailes jacobinos aterrados á los nuevos parlamentarios recién idos de Versalles, el refectorio de su convento congregándose al rededor de la mesa éstos en sus continuas tareas para oír al tribuno que arengaba, cual oían los frailes al machacón ofador ó al difuso leyente mientras duraban las refacciones; y del refectorio pasaron á la iglesia; y en la iglesia constituyeron un tablado por el antiguo crucero, bajo la cúpula, llenándolo de bancos en gradería, y poniendo al centro una movable tribuna, desde la cual fulminaban rayos y centellas sobre la frente de todos sus enemigos, ya fuesen de la derecha ó ya de la izquierda, creyendo tan dañosos á la revolución los realistas como los republicanos, porque si aquellos querían volcarlos en los abismos de las reacciones mortales, podían éstos, extendiendo aquella grande agitación, allende lo posible y perturbando á Francia de continuo, traer tal



anarquía, contra la cual se refugian, al pánico tremendo y contagioso las sociedades, muy necesitadas de orden y estabilidad, ó en brazos de los dictadores militares, ó en brazos de los reyes absolutos.

¡Cuál extraño efecto hacen las iglesias consagradas á fines y objetos contradictorios con la religión y el culto! Puede observarse aún esto en las iglesias protestantes arrancadas al Catolicismo. Como quiera que fué un arte católico esencialmente aquel que levantara las catedrales; cuando á los vidrios misteriosos reemplazan los rasgadísimos ventanones de luz diurna; sin misterios divinos, ni medias tintas suaves; cuando no hay cruces ni sacras en el altar desnudo y sin cirios; cuando las lámparas se han extinguido y los ángeles han volado; ante un vacío santuario, ante un retablo privado de sus estatuas y de sus cuadros; el olor á incienso desvanecido; faltas de sus preces y de sus oraciones las tumbas de los muertos, parece que las naves divinas, en cuyas velas penetrara viento celestial, se han encallado sobre las realidades tristesimas del mundo y han perdido en total naufragio el cargamento de almas que dirigían y encaminaban hacia el cielo. Imaginaos lo que parecería el templo de los monjes trocado en club de los revolucionarios: á las plegarias sucediendo las blasfemias; á los sermones las arengas; el voto al rezo; el fin profano de una revolución al fin religioso de una misa; con todo lo que dánle un extraño ambiente moral, agravado, á la intensidad excesiva de aquellos pensamientos, los cuales con el cúmulo de inauditas extravagancias, corrientes en aquel tiempo, sumaban ésta, muy grave para las costumbres heredadas y para los tradicionales principios religiosos antiguos, la profanación. Una gran tarima sobre las losas del viejo pavimento entallado en cruces y cubierto de cera; un grande tornavoz en la cúpula henchida de oraciones; profetas del nuevo mundo social sobre las aras y bajo los doseles del viejo mundo religioso: los clubistas y los pitonisos donde antes se levantaba la hostia; nerviosos ataques, en vez de los delirios y de los éxtasis debían prestar muy extraño aspecto al rito aquel, enfureciendo á los realistas que veían sus sacerdotes sustituidos por los descamisados, y alentado á éstos, capaces de dar en tierra con los ídolos de carne después de haber derribado las seculares efigies y atreviéndose á las más arraigadas creencias. Un verdadero creyente ó un aristócrata verdadero debía sentir la misma tristeza y desesperación que sentían los Julianos al ver el último aspirante paganismo, cuando Hipatia en su bella sede alejandrina moría inmolada por los nuevos cristianos ó los oráculos de Delfos callaban, reemplazados los exámetros del dios Apolo por las oraciones y por los rezos del cristianismo. Los viajeros de tiempo describen el mal iluminado local en las noches tormentosas; el público esparcido por las graderías que se doblaban al paso de los espectadores; la general ansiedad en todos los rostros pintada; una eléctrica corriente de chispas agitadoras haciendo de las reuniones políticas reuniones mesmerianas de aquellas donde se retorcian los iniciados á las sacudidas del magnetismo relampagueando por todas partes; el orador descompuesto á la inspiración

como el oráculo antiguo á las sugerencias celestes; y un pueblo vociferante como ebrio condenado á la guillotina con furor al mismo que había exaltado en aquella propia noche á la gloria con delirio. La reunión corta y clásica de Rouen; el club bretón modesto de Versalles; la junta compuesta de varios diputados humildes ansiosos por conocer el dogma constitucional y la disciplina parlamentaria, con objeto de cumplir su mandato y desempeñar el oficio designado por sus electores; había ido creciendo poco á poco en influjo y número, hasta sustituir la Nacional Asamblea Constituyente, ó por lo menos, hasta imponerle su propia voluntad y abrasarla en su caldeado pensamiento. Nada más usual en los periodos revolucionarios que unos órganos ocupen el destino de otros, aunque no su lugar, y se agranden y crezcan á expensas de todos y dominen aquellos mismos, á cuyas expensas vivieran. Si no presentara estos fenómenos dejaría de ser el período revolucionario un período morbosísimo de suyo, aunque sea también un período creador. Cuántas veces acontece que un oído afinado por su estructura y esclarecido por una larga experiencia y preparado por un trabajo porfiadísimo tira de todo el hombre y lo hace músico perfecto, debiendo esta inspiración á exageraciones que, bien miradas, resultan agudísimas enfermedades. El órgano de las asociaciones voluntarias, el club jacobino, se había sobrepuesto en aquella edad morbosa por una superfetación enfermiza, pero irremediable, al órgano naturalmente superior de toda ella; se había sobrepuesto al Estado. Nuestro pueblo define todo esto de la manera graciosa siguiente:—¿Quién manda?—Tello.—Así anda ello.

Y, sobrepuesto á todo, lo ha dirigido todo. Pero no fué siempre lo mismo. Tenémoslo por lo más exagerado y extremo de la revolución, y hay que decirlo, comenzó adscrito al espíritu más conservador. Sin saber cómo naciera, cómo aumentara, y por cuál número de concausas llegó á ejercer su terrible dictadura y á influir sobre nuestra generación misma, sin saber esto, nada podéis saber ni de la Historia del movimiento francés, ni de la Historia del siglo décimo-nono. Sobre la política de los jacobinos tiene todo el mundo ideas confusas, porque todo el mundo ignora su desarrollo. El partido revolucionario tomó el nombre de una corporación religiosa. Esto sucede con suma frecuencia en el tiempo y de esto guarda muchos ejemplos la Historia. Nada más subordinado á la política que los partidos ingleses históricos, torys con wighs; nada más de la política distante que la significación primitiva y natural de ambos apodos. Por mendigos pasan en las lenguas los nobles, ricos y poderosos fundadores contra Felipe II del gobierno republicano holandés. La guerra de los labriegos se llama el movimiento agrícola que subsiguió á la Reforma, no obstante haberse inscrito en sus exterminadoras legiones muchos patricios de sangre azul antigua. Distingue todavía la tradición los caballeros y puritanos de la revolución inglesa por su pelo. A los partidarios de Cromwell no les llamáis por su filiación religiosa presbiterianos contra episcopales; ni por su carácter moral austero y calvinista en pugna



con el carácter católico y anglicano; ni por sus ideas republicanas frente á las ideas monárquicas; los llamáis y los conocéis por el pelo, por el título de cabezas redondas, á causa de que se pelaban al rape, mientras los caballeros se dejaban la cabellera desde niños al modo del famoso Luis XIV, quien predominando en todo, predominaba en modas y cons- treñía los cortesanos europeos al tributo de vestirse por los modelos, que les ofrecía él, á su imagen y semejanza. Cosa muy singular: casi todos los partidos militantes, desde la fuga del Rey á Varennes hasta la contra-revolución de Thermidor, casi todos, toman el nombre de una corporación religiosa, mejor dicho, de una orden monástica. Michelet, el admirable Michelet, muy dueño en esto de hallar paridades entre las cosas dispares, dice, al hablar del origen de los jacobinos en Rouen, que allí existían muchas corporaciones láicas, por lo mismo que también existían muchas corporaciones religiosas, mucho salón, por haber mucho convento. Pero no se llamaron unos Feuillants, otros jacobinos, otros franciscanos por preferencias á las órdenes de que los titularon ó se titularon; por el sitio y local que estas órdenes ocupaban. Aun hay quien dice que no tomaran los Robespieristas por sí el apellido; se los dieron sus contrarios. Y no fué Robespierre su fundador, fueron los enemigos de Robespierre. Así entre la venida del Rey á París por Octubre del ochenta y nueve hasta la fuga del Rey á Varennes por Junio del noventa y uno, el club jacobino se llamó club de Amigos de la Constitución, y con decir que se llamó así, basta para señalar su carácter conservador. En el club clásico de Rouen el club bretón de Versailles, pero muy reforzado. Existía por aquel tiempo un triunvirato político muy poderoso compuesto por Dupont, Barnave y Lameth. En este triunvirato Dupont era el pensamiento, Barnave el verbo, Lameth el brazo. Lo que Dupont piensa, exclamaban sus enemigos, Barnave lo dice, y Lameth lo hace. Hizo el pensador sus primeras armas en los parlamentos antiguos del viejo París, ciudad donde había nacido, y llegó de esfuerzo en esfuerzo por la humana libertad y por el continuo progreso á introducir la institución democrática por excelencia, la institución del Jurado, en Francia, despojando así al Rey del atributo de la justicia y cediéndolo al pueblo. Este pensador, elegido por los parisienses para los Estados Generales, hechos más tarde Asamblea Constituyente, ejerció presión grandísima sobre los representantes del tercer Estado para que absorbieran á los otros Estados, con estos sumandos personificasen la personalidad augusta é inmortal que se llama nación. Mas, para esto, no le bastó con tener dentro del cerebro su propio pensamiento, y bajo sus órdenes la palabra de Barnave; creyóse obligado á intrigar, é intrigó mucho. Sieyès, razonador y muy dado á creer en la guerra del raciocinio, se ligó durante mucho tiempo, con la política de Dupont, pero cuando vió sus intrigas y sus conspiraciones, le abandonó diciendo: «no me gusta esa política, no me gusta, por ser política de subterráneo». El instrumento de la propaganda ó apostolado, era Barnave; el instrumento de la conjuración y de la intriga, Lameth. Noble de nacimiento éste, nació, creció, murió en

la oposición. Cuando Mirabeau tronaba en el Olimpo de su gloria, combatió á Mirabeau por servir los celos y rivalidades con el de Barnave, y estuvo entre los avanzados, desde la muerte de Mirabeau hasta la muerte suya, sucedida muy tarde, allá en la Restauración, fué Lameth constitucional. Hé aquí los verdaderos fundadores de los jacobinos, del club que tenía en sus comienzos por divisa la Constitución: Dupont, Barnave, Lameth. Desde tal antro agurdara Robespierre á los girondinos, jóvenes, diputados por un pueblo, entusiasta y artista siempre, al Parlamento de Francia, para que llevaran la vívida libertad encontrada en el centro á las extremidades. Mientras ellos viven descuidados, alegres, elocuentísimos; la palabra en sus labios helenos fluyendo miel ática, en la frente una llamarada de ideal vivo, estallando el corazón á la esperanza, creyentes y artistas, él husmea sus pasos como hiena, inquiere sus ideas como inquisidor, cela sus acciones como esbirro, disea el corazón de cada uno con su escalpelo crítico, buscándole aquella fibra por donde con mayor facilidad podrá penetrar en su seno la muerte, como refinadísimo verdugo. Inmediatamente que se acaba el Congreso, Robespierre vuelve al seno de Arras; é inmediatamente que penetra en el seno de Arras, cree á París perdido por causa de su ausencia, que tamaña es la confianza en sí mismo sentida desde sus primeras vocaciones, cada vez más intensas, por lo reconcentradas en su ánimo y en su espíritu al peso de su propia enormidad, tan reñida con el tímido carácter de Robespierre, no sólo tímido, hasta cobarde, timidez y cobardía, por las cuales pueden muy bien explicarse la crueldad de corazón que resalta en su temperamento y los vapores de sangre, con que aparece como envuelto ante la posteridad su maldecido nombre. Así desde Arras vuelve á París; y frente á frente del Cuerpo legislativo, constituye su congreso particular, donde relampaguea y truena, y fulmina y mata: el club de los jacobinos.

Debemos pararnos un poco ante prototipos como el prototipo de Lameth, que personifican una clase importantísima en aquel tiempo: los segundones de la nobleza. Como hemos visto á los príncipes sublevados contra los Reyes, antes que los pueblos; Artois y Provenza queriendo incapacitar, por adulterinas, pobres criaturas como los dos Delfines, el malogrado y el vivo; revueltos los Orleans contra toda la dinastía, para despojarla de aquella su corona, perteneciente á la rama primera de los Borbones, que tan vecina era de la rama segunda; como hemos visto tales envidias y rivalidades y ambiciones de la familia real entre las deshechas borrascas revolucionarias; vemos los segundones, destinados unos á la Iglesia y otros al ejército, revolvete contra los primogénitos para destruir los mayorazgos y sostener que, así como todos los franceses nacen iguales, por ley natural, ante su Monarca en la nación, todos los hijos nacen iguales ante su padre, por consecuencia indeclinable del principio anterior aplicado al hogar y á la familia. La primogenitura, el vínculo reservado al mayor de los hijos, el mayorazgo, privilegios eran del noble análogos á los privilegios del Rey, por consecuencia, contrafuertes incontrastables de la monarquía; y,